El color que falta

Ignacio

Capítulo 1

Lo importante es no pensar demasiado, tampoco desesperar. La paciencia, en mi oficio, es casi el único factor determinante para sobrevivir. El laburo en sí no es jodido, hay días que podes estar sentado tranquilo dejando que las cosas pasen, casi siempre los domingos ¿Vio? Hay mucho turista y con una buena performance puedo llegar a levantar casi la mitad de una mala quincena, casi. Pero hoy no es domingo y por mi esquina no pasa casi nadie. Así que tocalevantar campamento, buscar un lugar adecuado y dedicarse a fondo. Como te conté alprincipio lo importante es no perder la paciencia, la moneda va a caer, solo hay que buscar ellugar correcto para agarrarlo cuando el tema de la gravedad haga efecto.

—¿Y ahora a dónde vamos? —Mira, la ciudad es un bardo, un auténtico despelote. No conozco mucho el tema pero uno de los muchachos me comentó que esta era una zona de mucho relieve, mucha piedra y mucha agua.

Nunca le dieron pelota, el gobierno pensaba que acá no vivía nadie, entonces nunca seles ocurrió mandar a alguien de la oficina de Plañiamiento y Senenidad, sino que lo dejaron ser ¿Me entiende?

—¿La Secretaria de Planificación y Saneamiento ? —Si, esa misma. Este pibe, el que me paso el dato, nunca fue al colegio. Cuenta todo como el culo, es terrible burro pero tiene mucha información.

Cuando la oficina de Planeamientio apareció actuando de oficio, sólo después que el secretario se enterase por un artículo del diario acerca de las condiciones de las gentes acá, encontró esta ciudad que caminamos ahora. A ver, en realidad no. Vinieron y como todo era un enchastre armaron unas calles, sembraron muchísimos árboles, montaron tres plazas gigantes con nombres de presidentes que nadie conoce, y cuando terminaron la nombraron el municipio metropolitano número 17. O por lo menos a una versión más joven, yo no sécuando vino esta gente pero no habían sido más de 10 o 20 años.

Ahora el plano original del gobierno ya no da abasto a la cantidad de gente que vive acá, poreso te digo que es un despelote. Donde debería haber una casa hay tres, una montada arribade la otra ¿y vos te pensas que tienen la instalación de gas bien armada? Un despelote, eso es el área residencial, un auténtico despelote. Cuestión que para no embrollarnos podemos decirque tiene dos partes muy marcadas, una con guita y otra sin.

Esta calle gigante es la rambla, como te darás cuenta es muy grande. Una vez en un desfile dela independencia vi como siete filas de 83 granaderos cada una caminaban por aca, ¡hombro con hombro eh! También está llena de locales, si vos queres paramos un ratito y podes comprarte un palito de pescado frito, un tapado para tu señora o un algún dulce ¿Que decis?

— Sigamos son casi las 12 del mediodía —

—¡Sin demora señor!—Si caminamos por el medio y le damos una hora de caminata rápida salimos de la zona del puerto y ya nos adentramos a la parte montañosa que es donde vive toda la gente, el despelote.

Con el mar a nuestra espalda tenemos a la izquierda el muelle per se. Lleno de florerias con mucho olor, puestos de pescado frito y algún que otro vendedor ambulante que tiene un carrito bien equipado para atraer a la gente con guita, mientras más limpio y mejor decoradola gente va a querer gastar más, aunque sea todo muy berreta, si parece lindo … Don Mario,era el dueño de la florería "Mario con hijos" que es el edificio blanco de aquella esquina. No se muy bien que paso pero ahora se dedica a otras cosas, siempre me dice que le ponen perfumea las flores, el tipo sabe mucho sobre negocios y cuando por casualidad me encuentro conalgo que tiene pinta de valer mucho se lo traigo y él me lo compra, ese Mario es un turro peropaga bien.

A la derecha de la rambla pasa algo muy raro, o mejor dicho pasó algo muy raro que todavíase sigue repitiendo hasta el día de la fecha.

— ¿Llega a ver esa esquina que hay un parquecito con unas estatuas muy raras? — Breve silencio — Bueno hace veinte años ahí arrancaba la vida silvestre, o mejor dicho terminaba laciudad.

—Pero, tengo entendido que la ciudad es gigante. Es imposible que se haya poblado todo esesector en solo veinte años.

Bueno, quizás un poco más de veinte, pero no más de treinta o cuarenta años. Acá el tiempo pasa de una manera rara, más en mi ocupación.

—Y entonces ¿A qué te dedicas?.

Doctor yo soy un cazador de oportunidades. Imaginense, contando así, rápido y sin apurotenemos como un millón o dos millones de personas que entran y salen de la ciudad todos losfines de semanas por los muelles.

— No deben llegar a los ochenta mil.

Bueno, cerca del millón o algo así. Cuestión, que esa gente está exaltada

y no piensan mucho.

Me ven a mi con mi ropa todo colorinche haciendo unos malabares, jugando con fuego y muytranquilamente se quedan a mirar, estos no se la ven venir, en mi espectáculo camino entreellos y espero a que la gravedad haga el efecto necesario para que yo pueda sobrevivir.

— ¿Significa eso que sos un ladrón?—

No doctor, yo no soy un muerto de hambre del montón que te choca accidentalmente en la calle para afanarte la billetera. Yo soy un performance que cuando ve la oportunidad de unatera dispuesta a caer por la gravedad simplemente deja que las cosas pasen. Así puedo comprar comida e ir tirando, voy a llegar al circo ¿sabe? Voy a ser malabarista o equilibrista.

Entreno todos los días, hago malabares con 4 pelotas sobre cualquier lado; caminando,corriendo, sobre un monopatín o arriba de un barco, hago malabares donde sea.

Mire ahí, ese es un ejemplo perfecto. ¡Ese tipo tiene un montón de billetes que le sobresalendel bolsillo del pantalón! Tiene un cartel que dice "robenmen"! Yo sé a ciencia siertia que si losigo un rato podría acercarme y sin que se diera cuenta llevarmelos, pero no, no señor. Porquela tengo re clara me acerco a pedirle una moneda, y avisarle que se le pueden caer todos esosbilletes.

—¿Qué? ¿Le asombra? Yo no soy un hijo de puta, soy un performance.

— Me asombra que tengas algo de moral.

—Yo tengo hambre doctor, no se que es eso de la modalidad pero no me gusta ser un soretecon gente que no lo merezca. A pesar de ser un ricachón que está regalado.

—¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu nombre?.

La verdad que mi nombre no me lo sé, es un misterio. Por acá los muertos de hambre medicen "Nadie", me burlan porque ellos no tienen nada de talento.

Bueno, caminamos mucho ya ¿no? Creo que viene siendo hora de laburar un poco asítenemos algo para el mediodía. Desde ayer a la tarde que no trago nada y ya pica el bagre.

Tengo unas monedas guardadas pero esa guita no se toca, es para los años que vienen, siquiero tener algún futuro en un circo, o en algún lugar

donde mis talentos sean necesarios,voy a necesitar guita.

Se acercó caminando lentamente a la esquina, era joven, demasiado joven para estar tandelgado. Quizás diez o doce años e iba vestido con harapos. Tenía zapatos con miles demanchas que parecían remiendos de telas de un color que se acercaba al marrón opaco. Unmirador atento descubrirá que los pantalones estaban muy desgastados, y solamente lecubrían hasta los tobillos. Estos también tienen múltiples desgarrones y remiendos infinitos,parecían del mismo color que los zapatos pero aún más oscuro.

Hacía frito. El mar es de temperaturas heladas, por lo que, aunque era otoño ya se podía sentirun frío apabullante. Lleva una especie de abrigo de invierno sobre los hombros, un pelucheexterno le cubre parte de la espalda. Está abotonado en el pecho pero al mismo tiempodescubre parte del estómago, los brazos y los riñones. La tela del abrigo podria haber sidoblanca en su tiempo pero ahora estaba decorada con remiendos de miles de colores; azulverde y amarillo, quizas le unico que falta es el rojo.

En su lento caminar, un pausa, en un movimiento ligero y ágil da media vuelta y comienza acaminar de espaldas. Más deprisa. Con una sonrisa sincera y plagada de dientes hace señas aninguna parte, como pidiendo que lo acompañen en su tarea, y, sin esperar una respuesta, setiene y comienza a estirar una manta raída en el suelo. Su pelo largo azabache yenmarañado enmarca una cara con la seriedad más profunda, pero con la sonrisa pintada enlos ojos.

— Damas y caballeros, un minuto de su atención por favor. Suelta luego de dar dos rápidaspalmadas.

Parado en medio de la manta, con su postura solemne, su atuendo colorinche y mugriento,lentamente llama la atención de los transeúntes. Su mirada apunta hacia el suelo presa de unagran convicción, con los hombros tensos, como si soportara la carga más pesada del mundo.

Se mantiene estoico por un largo minuto, dos minutos. Un padre con su hija en hombros decideparar ladeando la cabeza. Su mujer que iba por detrás lo imita. De un momento a otro, antesde que se consuma el tercer minuto, un pequeño público de unas 10 personas se agolpa frentea su manta.

Parece notarlo, y el esfuerzo en ocultar una gran sonrisa se refleja en él.

Con la cabeza aún gacha, despliega sus brazos como si quisiera abrazar al pequeño grupo porhaber tenido la amabilidad de detenerse, pero no, no es un abrazo. En cada mano tiene 2pelotas. Ninguna de ellas comparte

nada con la otra, ni color, ni forma ni tamaño. Conmovimientos lentos y fluidos comienza a juguetear con ellas, como si estuviera indeciso de quéhacer a continuación. Una pausa y su mano derecha se cierra en torno a una bola mientrasque la otra reposa mansa y quieta sobre su dedo índice, un pequeño temblor y en un instantelas dos bolas salen proyectadas hacia el cielo, con un movimiento rápido que nadie percibe trescortas y sonoras palmadas destrozan el solemne silencio que recubre toda la escena, y de uninstante al otro el malabarista se encuentra caminando sobre los límites de su manta mientrastodas las bolas reposan en el cielo atrapadas por la inercia.

La multitud, ahora presa por la sonrisa gigantesca del malabarista, empieza a aplaudir yvitorear. El decide sentarse en el piso. Buscando una posición cómoda examina la manta enbusca de algo que le molesta, da vueltas sobre sí intentando descubrir qué es lo que está mal.

Mientras, en el cielo, las bolas danzan una contra otra. Tres en el aire y una en la mano alternan sus roles cuando les llega el momento. Todo ocurre en las manos del malabarista, todo ocurre mientras el fastidio que le produce la manta se refleja en su ceño. Con su mano libre serasca la cabeza en un acto tan desenfadado que la gente de la primera fila comienza adescostillarse de risa.

El gentío ha ido ascendiendo, ya no son diez personas ahora están más cerca de los treinta, y más se acercan a curiosear por las risas estridentes que producen lo que ya están mirando.

El chico se pone de espaldas y las bolas danzan en el aire sin que él las mire. Se balancea, sedobla y se retuerce, el público aplaude grita y festeja. Comienza a caminar entre la gente, haciendo malabares sobre el sombrero de una señora, entre las piernas de un caballero muy colorinche, sobre un grupo de niños que rien y rien y rien. Se mueve entre ellos como el viento entre las hojas, y con movimientos sutiles y delicados, los acaricia suavemente. Recoge una billetera del suelo y se la devuelve a un anciano, le alborota el pelo a un niño sobre los hombros de su padre, todo mientras las bolas danzan raudas ignorando la gravedad.

El espectáculo resultaba hermoso, las risas de niños y adultos parecían entenderse en armonía. Todo parecia compartir un tono, que aunque asimétrico, encajaba. Pero una nota es distinta a las demás, un sonido estridente y resonante, como la unión de vidrios rotos y un trote veloz. El malabarista lo percibe, no lo escucha, sino que su mente entrenada para la calle y los peligroslo alertan con un escalofrío en la nuca. Parece que el público del lado de donde proviene el sonido también lo ha escuchado, pero la reacción es heterogénea, algunos han escuchado y otros no, por lo que las risas agudas lentamente se entremezcla con murmullos

preocupados.

Tres fuertes palmadas cortan el aire, con largos pasos el malabarista rodea la multitud acercándose a los que tienen la caras preocupadas, los encara con desparpajo y silbando una melodía de tres notas, comienza a hacer rebotar las bolas contra el suelo, pum, pum, pum. Las bolas complementan su silbido, ya no hay más murmullos sino que la mitad de la gente admira con la boca entreabierta como el silbido y el rebotar de las bolas marca un ritmo de jolgorio y fiesta. Con manotazos instruye al público a moverse, los hace girar, les sonríe y grita y ellos acatan cayendo una vez más en su embrujo hipnótico. Ahora están de espaldas contra lapared, han invertido lugares. La esquina está plagada de gente vociferante, todos lo aclaman,en los más pequeños hay una chispa de algo, ¿admiración? El no puede saberlo, pero momentáneamente se pierde en la fantasía de ser alguien, de tener un nombre. Aligerando asi el peso en sus hombros, humedeciendo lentamente sus ojos.

De repente, una sombra estalla contra él, lo atropella con tanta fuerza que su abrigo revienta altocar el suelo, partiendo por la mitad su único botón, dejándolo desnudo del torso hacia arriba.

En un segundo advierte que la sombra es sólo otro niño de la calle, también con el torso descubierto, aunque más alto más adulto, sin rasgos de inocencia o infancia. No se detiene ni un segundo, rebota y usando el cuerpo del malabarista dobla la esquina preso de la inercia, casi sin detenerse, casi a propósito.

—¡Es él ! ¡Policía, es él!!— Gritó una anciana con voz estridente — ¡Detenganlo por favor! El miedo inunda la cara del malabarista que sin articular palabra comienza a levantarse del suelo, cuando nota que el dedo de la anciana lo está apuntando. La multitud se dispersa, sólo unos pocos quedan aturullados sin comprender qué ocurre. Las bolas están lejos, pérdidas, han volado por la caída.

— ¡Alto ahí!— Tronó el oficial, que de un movimiento certero desenfunda la pistola de su cajal.

Es oscura, mate, pero brilla al reflejar la luz. Se mueve insidiosa en su mano mientras se aceraca a la manta del chico.

Con solo verla y sabiéndose presa de un destino inamovible las facciones del pequeño mendigo se transforman de puro terror y desesperación. Sin responder a la llamada del policía, da media vuelta e intenta ponerse a la fuga, con tanta mala suerte que al pisar trastabilla con su abrigo y cae de bruces al suelo.

El instante parece denso, como si el tiempo mismo evitase avanzar para evitar la atrocidad que está a punto de ocurrir. El policía a unos

siete metros de su víctima se detiene en seco, y sin piedad apunta su revólver. El mendigo (que era malabarista) está tendido de bruces, con lágrimas en los ojos, atónito, en el suelo, como esperando un milagro. Resulta que el tiempo no puede evitar pasar, resulta que los milagros no ocurren para gente como él. La justicia es para ancianas perfumadas, que aunque no sostienen el arma, han cargado la munición y apuntado el cañón. Una explosion, y luego, un gimoteo horrible. El tiempo no puede evitar pasar. De un instante a otro el pobre diablo que antes hacía malabares se desparrama en el suelo sujetándose el pecho. Sintiendo el calor de su sangre, y con un inconexo mareo, piensa por última vez en su perra suerte. Al final se deja ir, con el policía sobre él, aun apuntando la pistola vociferando gritos y amenazas sin pies, ni cabeza.

Ya no hay multitud, ni risas ni gente, todos han corrido, lo han abandonado. Solo queda e l oficial de policía, nervioso. Girando en redondo se percata que no hay nadie más que la anciana a su espalda, como esperando algo. Con una rodilla en el suelo revisa los bolsillos del pantalón mugriento en busca de algo que nunca llega a encontrar.

Alrededor del cuerpecito la sangre comienza a chorrear en la calle, y llegando al abrigo lo empapa del único color que faltaba.